

# Resumen de Prensa

---

## COMENTARIO DE ACTUALIDAD

---

Ramon Boixareu

En su número de 29-30 de julio, *Le Monde* publicaba el editorial (“Paro en la economía”) que se transcribe seguidamente:

“La experiencia –se dice– es una linterna que no ilumina más que el camino recorrido. Lo mismo ocurre con los indicadores económicos. Los que acaban de publicarse, tanto los referentes a Norteamérica como los relativos a Europa, revelan una contracción general en el curso del período situado justo detrás de nosotros.

En Estados Unidos, el crecimiento fue sólo del 0,7 por 100 en el segundo trimestre del 2001; es la cifra más baja de los últimos ocho años. Cuando se recuerda que, hace un año, la primera economía del mundo crecía a un ritmo asombroso del 5 por 100, se aprecia que el frenazo ha sido espectacular. En Europa, las noticias no son mejores. En Francia, la moral de los industriales se debilita, según la encuesta mensual sobre el estado de la industria que realiza el Insee, publicada esta misma semana. En Gran Bretaña, según se supo el mismo día, el crecimiento ha sido sólo del 0,3 por 100 de abril a junio. Y los indicadores publicados desde hace varios días sobre Alemania, Italia, Holanda y Suiza apuntan todos hacia abajo.

En los dos lados del Atlántico es la industria la que se debilita, y es el consumo de las familias el que resiste. En Estados Unidos, la triste cifra del PIB del segundo trimestre se explica por la contracción del 13,6 por 100 de las inversiones empresariales. Y, para complicar más las

cosas, ahí están los despidos de personal. En Europa, es también el sector productivo el que pierde confianza, con una perspectiva de producción y de listas de pedidos a la baja.

En estas condiciones, la actitud de las familias es escrutada con inquietud. Siguen consumiendo, afortunadamente, ya que, de debilitarse su demanda, la recesión podría ser una realidad, tanto en Europa como en Norteamérica.

Lo que vaya a ocurrir en adelante dependerá en gran parte de medidas ya adoptadas. La reducción de los tipos de interés a corto plazo por la Reserva Federal ha sido de una amplitud y de una rapidez inéditas: del 6,5 por 100 a 3,75 por 100 en seis etapas a partir de enero. Con las rebajas de impuestos, que se traducirán en las semanas que vienen en la llegada en manos de los ciudadanos de las devoluciones correspondientes, el consumo debería ser sostenido.

Europa hace lo mismo, pero en una pequeña escala: rebaja de los tipos, rebaja de los impuestos –ocho millones de familias francesas recibirán una especie de treceavo mes anticipado este otoño–, y también rebaja de la inflación, aunque todo ello acompañado de un ligero aumento del paro. Y, como en Estados Unidos, es esa variable la que marcará la diferencia entre reactivación y recesión”.

La situación descrita en el editorial de *Le Monde* de últimos de julio iba a continuar, en

sus líneas generales, durante todo agosto y primeros días de septiembre, hasta verse negativamente alterada por el gravísimo atentado terrorista del 11 de septiembre contra Estados Unidos, a partir de cuyo momento todo fueron preguntas sin respuesta. El comentario general fue unánime: si la situación era mala desde antes del comienzo del verano, el ataque terrorista y los preparativos bélicos no hicieron más que agravarla, sin que hayan sido suficientes para mitigarla las buenas palabras de figuras preeminentes como Greenspan y Duisenberg, que veían una salida rápida de la situación presente y una reactivación del crecimiento a medio y largo plazo.

De momento, sin embargo, la impresión que se recibe es que se ha perdido el control de los acontecimientos y que la estabilidad y el crecimiento de la economía global se recuperarían más pronto o más tarde, pero sin seguridad alguna sobre el cómo y el cuándo.

Sea como fuere, y como complemento de los numerosos análisis recogidos en las páginas que siguen, puede resultar de interés reproducir aquí otro editorial, también de *Le Monde*, éste de fecha 21 de septiembre, titulado, tal vez excesivamente, "Economía de guerra".

"Los norteamericanos descubren de nuevo el Estado. Bomberos, agentes hospitalarios, servicios de seguridad, etc., han representado un papel de primer orden en la catástrofe. La investigación en curso moviliza todos los servicios de policía, de justicia, de aduanas. El ejército de Estados Unidos se prepara para una respuesta. Paralelamente, en el marco económico, el gobierno prepara una serie de medidas de ayuda de una gran amplitud. Una Norteamérica más habituada a glorificar los méritos de la iniciativa privada y de la libre empresa se vuelve hacia los servicios públicos. Y es un presidente republicano el que deberá organizar una especie de economía de guerra, frente a los "actos de guerra" de los terroristas, según palabras del propio George W. Bush.

La ideología del *laissez faire* no es de actualidad. Desde la fecha de los atentados el banco central ha inyectado en el sistema 190 m.m. de dólares para evitar que los circuitos financieros quedaran bloqueados. Esa suma alcanzará los 300 m.m. dentro de poco. Hace pocos días, el equipo de Bush anunciaba que la Administración adoptaría medidas a favor del transporte

aéreo, el primer sector en peligro después del drama(1). El Congreso vota créditos de urgencia por 40 m.m. para los auxilios y para el ejército. Hoy, el gobierno prepara un plan para la recuperación de la actividad.

La economía se ha "sorprendido", explicó el presidente Bush. Los atentados se produjeron en el peor momento, cuando el crecimiento había alcanzado un nivel próximo a cero y cuando las primeras medidas no parecían haber tenido efecto. La Reserva Federal había reducido siete veces el coste del dinero desde principios de año y cuando Washington había devuelto a los contribuyentes 40 m.m. de dólares de impuestos. Pero los índices no mejoraban, o no lo hacían con la fuerza necesaria, y los mercados financieros habían perdido la esperanza en una recuperación que debía manifestarse a finales de este año. La supresión de empleos en la industria empezaba a minar la moral de los consumidores, el último motor todavía en funcionamiento del crecimiento norteamericano.

Pero los despidos se aceleran, señal de una degradación alarmante. American Airlines anuncia la supresión de 20.000 empleos, y United Airlines deja otros tantos asalariados en situación de paro técnico. Las compañías aéreas, ya en situación delicada, van a ser socorridas con ayudas que en otras partes se llamarían "nacionalizaciones".

Esas ayudas tienen un coste y efectos secundarios, como el de fortalecer las firmas norteamericanas, cosa que Europa deberá tener en cuenta. Pero, con la prisa, se deberá animar a las autoridades norteamericanas a hacer todo lo imaginable para evitar una depresión que se propagaría al resto del mundo.

Pasados los días, parece que el gobierno norteamericano está proponiendo las medidas severas susceptibles de poner remedio a la grave situación creada por el ataque terrorista asestado en el contexto de una coyuntura debilitada. Toda la prensa ha dado cuenta de la magnitud de las sumas que el presidente va a solicitar del Congreso. Ahora debe contarse con el análisis crítico de las mismas. Como los que, v.g., hacía ya *Financial Times*, de 5 de octubre, en el editorial que sigue:

"Puesto que la definición popular del keynesianismo es la utilización de los recortes fiscales y del gasto público para promover la economía,

el presidente de Estados Unidos, su Secretario del Tesoro, el Congreso y el presidente del Consejo del Banco Central, todos son keynesianos, ahora. Pero el maestro se dirigía a un mundo distinto. Ahora bien, la activación de la demanda debería dejarse en manos de la Reserva Federal.

La administración Bush ha pedido al Congreso la aprobación urgente de recortes fiscales adicionales y de gastos públicos por un importe que se sitúa entre los 60 m.m. y los 75 m.m. de dólares. Además de los gastos ya anunciados, los estímulos fiscales se situarán este año en los alrededores de 120 m.m. , algo más del 1 por 100 del PIB de Estados Unidos. Los detalles no se conocen aún, pero podrían consistir en recortes del impuesto sobre la renta, un mejor trato para la inversión de las empresas, reducción de los impuestos sobre las nóminas (*payroll taxes*) y un gasto adicional de la seguridad social para aquellos que han perdido sus empleos en la actual coyuntura.

A pesar del consenso sobre la necesidad de este plan, todo parece sugerir que los recortes fiscales discrecionales y los incrementos del gasto son frecuentemente ineficaces o indeseables. Si los estímulos son permanentes –y los recortes temporales de impuestos o el incremento de los gastos tienen la costumbre de serlo– el resultado es la descomposición de la estructura presupuestaria. Si los estímulos son temporales, los recortes fiscales suelen ser ineficaces porque los individuos ahorran la parte que les corresponde sabiendo que más adelante se producirá una subida. Y si el estímulo fiscal es temporal e ineficaz para activar la demanda, las autoridades económicas sienten preocupación por las consecuencias negativas de su retirada.

Los gobiernos, en cambio, deberían asegurar que sus finanzas son estructuralmente sostenibles, es decir, próximas al equilibrio. Una vez conseguido esto deberían permitir el libre

juego de los estabilizadores automáticos que permiten que, en las contracciones, bajen los ingresos fiscales y suba el gasto público.

Sea como fuere, medidas que conducirían al deterioro temporal del 1 por 100 del PIB de la posición fiscal de Estados Unidos de este año, no amenazan su solvencia en absoluto. Sólo si la distensión fiscal se prolongara junto con los recortes fiscales de Bush ya en marcha, podrían tener sentido las advertencias del FMI sobre la situación del presupuesto estructural de Estados Unidos.

Las mismas preocupaciones deberían existir para las autoridades económicas norteamericanas a propósito de la composición del paquete de medidas. Deben asegurar que el dinero se gaste rápidamente, de forma que no se diluya en mil destinos diferentes como resultado de largas discusiones (*pork-barrel politics*) entre los legisladores.

La administración norteamericana apenas podía hacer, políticamente, otra cosa que conceder estímulos fiscales. Las finanzas públicas son sólidas y debían tomarse medidas importantes. Pero la experiencia y la economía enseñan que los resultados no suelen ser eficaces. Una política fiscal agresiva debería utilizarse sólo cuando la política monetaria ha agotado todos sus recursos. No es éste el caso, ahora. La Reserva Federal tiene todavía espacio para maniobrar y, por supuesto, lo utilizará”.

#### NOTAS

(1) De poco habrán servido, pues, las advertencias del *Wall Street Journal Europe*, periódico que, con fecha 21 de septiembre, decía editorialmente que “el problema de las líneas aéreas debe ser resuelto con los medios tradicionales de las empresas –reduciendo la capacidad y los costes, en especial los costes laborales– y que una vez se hay abierto la puerta a las ayudas del Estado, una expansión de las peticiones de ayuda resultará inevitable”. (nota del trad.)